

Ya creo inútil descubrir a las personas sensatas lo que siguió. Aquellas buenas gentes se rebelaron al escuchar mis palabras, mis explicaciones. Me proclamaron loco y hasta la prima gruesa, enana, de los grandes lentes redondos, mientras todos voceaban, tomó bríos en la excitación general para azotarme en el rostro, con los puños cerrados, esta palabra:

—¡Imbécil!

Es cierto. Bonísima mujer, pobrecita, tenías razón.

Apresuraron la conducción de la difunta a la iglesia de la aldea próxima y me dejaron solo.

Han transcurrido dos años; viaje. Vardi ha abandonado a Mirina, mísera, desesperada. Vive en casa de un pariente y sufre horrible mal. Va a morir. Con mi perdón, con la paz, he soñado alegrarle los últimos días de su vida, llevándola al campo conmigo. Me presento a ella en la triste estancia y le digo:

—Y ahora, ¿me comprendes?

—¡No!—me responde retirando la mano que quiero acariciarle y mirándome odiosamente.

Y también ella, pobrecita, tenía razón.

IV

ESCUELA DE CORDURA

Todo el mundo sabe que no hay industria que pueda ejercerse sin una cierta holgura de medios defensivos en las crisis, que permita esperar mejores tiempos, sin comprometer lo por venir por lo presente, ni arrojarse como perro al hueso, a lo que salga. Este es el sino de quien vive en precario.

Y ocurre lo mismo hasta con la industria de ladrón.

Un ladrón pobre, que ha de vivir al día, suele acabar mal; mientras que, por el contrario, un ladrón que no sufre esas estrecheces y puede y sabe esperar y organizar sus golpes, llega a altos y honradísimos destinos con aplauso y satisfacción de todos.

He aquí por qué hemos de regatear méritos a los que a mí me robaron. Digámoslo de una vez: los que ejercieron su oficio sobre mi abundante hacienda, no pueden merecer el elogio de la gente cuerda.

Hubieran podido robar con toda comodidad y mejores modales, y, con previsora prudencia, crearse una respetable posición. Mientras que, por el contrario, sin necesidad, atropelláronse en robar y robaron mal, naturalmente. En un abrir y

cerrar de ojos me redujeron a la miseria, y al cegar estas fuentes de riqueza, perdieron el modo de vivir a espaldas mías y libres de inquietudes.

Porque, en efecto, pronto comenzaron para ellos preocupaciones de que antes carecían. Sé, y lo deploro, que hasta alguno de ellos acabó miserablemente.

Marta, mi nueva esposa, comparte conmigo este juicio; pero observa que, cuando un pobre hombre discretamente honesto se halla junto a tantos ladrones, insaciables administradores de bienes de un rico imbécil o loco (que este sería mi caso), la táctica de la parsimonia en el robo, ya no es signo de cordura. El robo discreto, pacífico, periódico, no es entonces una muestra de perspicacia, sino de estupidez y de pobreza de corazón. Este es el caso de Santos Bensai, mi secretario y primer marido de mi querida Marta.

El pobre Santos, gracias a quien no estoy reducido ahora a la última miseria, conocía mi fortuna y estimaba cuerdamente que esta podía servirnos con largueza a mí y a cuantos como él se contentaran con arañarla sensata y suavemente, sin ocasionarla daños muy sensibles. Sin duda alguna, no debió ocultar su criterio y su consejo, en aras de un interés común de moderación a sus colegas; pero lo cierto es que no fué escuchado, sino que, por el contrario, se creó enemi-

gos y sufrió no poco, el pobrecito. Continuaron, pues, robando todos a manos llenas mientras él, Santos Bensai, procedía como una sobria hormiguita. Y cuando al fin quedé tan pobre como Job, había que ver al bueno de Santos, más, mucho más afligido que yo. Había reunido él lo suficiente para una vida modesta; pero turbaba su paz el hecho de que los demás ladrones ni siquiera se hubiesen dignado dejarme en su propia condición.

—¡Verdugos!—exclamaba Santos, que me había extraído la sangre despacio, despacio, con un alfiler.

Más de una vez, al verme abatido, trató de conducirme a su propia casa y sentarme a su mesa. El, no comía. Una furia biliosa contra sus colegas, le ahogaba. Callaba yo y oía a Marta, que, a partir de entonces, comenzó a darme lecciones de cordura, defendiendo a mis verdugos contra su propio marido.

—¡Seamos justos!—decía.—¿Con qué derecho pretendemos que los demás se cuiden de nosotros, cuando nosotros no demostramos interés alguno en conservar lo nuestro? Los bienes, don Fausto, eran por esta condición, bienes comunes, y cada cual se llevó la parte que le correspondía. No es tan ladrón el ladrón, y perdone usted, don Fausto, cuando es imbécil quien se deja robar.

Y alguna otra vez, añadía como enojada:

—¡A callar, Santos! Al menos imita al señor

Bandini, que cierra el pico porque en este instante sabe que no tiene derecho a quejarse de nadie... Si él, en efecto, y sin que le obligasen, pensó siempre en los demás, ¿de qué se maravilla si los demás no han pensado más que en sí mismos? El, dió un ejemplo que los otros obedecieron. Para mí, el más grande ladrón de sí mismo ha sido el señor Bandini.

—¿Debo ir, pues, a la cárcel?—preguntaba yo, sonriendo.

—Tanto como a la cárcel, no; pero quizás merezca usted la reclusión en otro sitio.

Santos se rebelaba. Encendíase la disputa y en vano intentaba yo poner paz declarando que, en fin de cuentas, no era a mí a quien mis saqueadores habían hecho el mayor daño, sino a cuantos, pobres, hubiesen necesitado mi ayuda.

—Por lo tanto—rebatía Marta,—su ausencia en el interés de sí mismo, ha contribuído a la extensión del mal. ¿Estamos de acuerdo? No pensó usted en sí mismo y abandonó a lós que de usted hubieran recibido el bien. Este es un doble delito. ¿No se deduce de sus propias palabras que los que piensan solamente en sí y actúan en términos que no necesitan de nadie, demuestran, por este solo hecho, que piensan en los demás? ¿Qué hará usted, ahora, que ha de vivir a costa de los otros? ¿Cree, acaso, que la gratitud es un deber

que aceptarán buenamente los que se lucraron con sus bienes?

—¿Qué estás diciendo, charlatana?—prorrumpió Santos, temiendo que estas palabras hiriesen mis oídos como un reproche ante el pobre auxilio que me prestaba él, de todo corazón.

Marta, plácida, compadeciéndolo con la mirada, le respondía:

—No lo digo por tí... ¿Qué tienes que ver en todo esto, Santos, si tú eres un pobre hombre de bien?

Y era verdad. Tal era el afecto y el respeto con que me trataba, que, de creerlo, hubiese vivido día y noche con él. No quería dejarme ni un solo instante y me pedía, por favor, que aceptase sus ofrecimientos, a los que él se creía obligado. ¡Pobre Santos! Pero ni la pobreza disipaba los vapores de mi locura, de tal modo, que no quería serle gravoso ni aún a nadie de los que a mi costa se lucraron, y así, con aire digno de compasión, paseaba mis harapos y mis miserias, en busca de trabajo de cualquier clase, aunque fuese manual, para satisfacer mis reducidas necesidades. Ni siquiera esto agradaba a mi sensata maestra.

—¿Trabajar?—me decía.—¡Magnífica solución! Usted no había nacido para eso; y ahora, caso de encontrarlo, quitaría usted el sitio a un pobrecillo que ya va por su mismo camino buscando su mismo empleo.

¿Que quería, pues, la buena Marta? ¿Que me muriese de hambre? Me impresionó su razonamiento, y no queriéndole quitar el pan a nadie, fui a pedir asilo a unos campesinos que habían sido jornaleros míos, prestándoles, en cambio, por la noche, un servicio de vigilancia en la carbonera con el pretexto de que no podía dormir.

Al cabo de algunos meses, recibí la noticia de que el pobre Santos Bensai había muerto repentinamente. Lo lloré como un hermano. Un año después me llamó su viuda; pero yo estaba reducido a tal extremo que no quería presentarme ante ella.

Marta se atribuye ahora la gloria de haberme salvado. Y quizás tenga razón. Porque si bien es verdad que el bueno de Santos en su testamento, me recomendó a su mujer fervorosamente, no es menos cierto que ella hubiera podido rechazar esa recomendación.

—Agradece a Santos, que en santa gloria esté— me repite—su previsión. El supo guardar estos dinerillos, que eran tuyos, para nuestra vejez. Lo que tú no supiste hacer, lo hizo él por tí. ¡Lástima que le faltase valor, pobrecillo!

Y ahora, cuerdo, gozo el fruto escaso ¡ay, de mí! de la más cuerda de las virtudes: la del espíritu previsor de un ladrón bueno y agradecido.

LIMONES DE SICILIA